

—No... Desgraciadamente nos volveremos a ilusionar con lo que nos desilusionó... Es fatal... Después de oírte, buscaré unos senos como esa noche en que perdemos la voluntad como si un cometa terrible fuese a tropezar con la Tierra y naufragamos en un falso final del mundo.

—Bueno, pues escucha —continuó ella—: es fría la sensación de nuestros senos... Están lejos de nuestra sensualidad, son las montañas en que hay cierta nieve... Nos hacéis cosquillas agrias y tozudas en ellos... Sólo una vez, cuando los tocó el primer hombre que nos tocó, sonó en toda nuestra sensibilidad el primer timbrazo de alarma, el timbrazo de que había llegado la hora. No han vuelto a ser tan sensibles nunca.

—¿Entonces, cuando jugamos con ellos no sentís la alegría frenética y trémula de nuestra tontería?

—No. Os vemos fríamente, más frente a frente que nunca, y si dura mucho vuestra obcecación con los senos, cae de ellos como de dos esponjas la fría agua que apaga un poco nuestra sensibilidad... Si no te pareciese chabacana la comparación, te diría que parecéis policías secretas que nos registráis el pecho con un manoseo insistente, sin acabaros de convencer de que no guardamos nada ahí...

Se hizo una larga pausa que no supimos cómo llenar. ¿Y cómo iba yo a tocar aquellos senos desprovistos de sentido y que se reían de mí y desdeñaban mis manos?

—Bueno, mujer verdadera... Tenemos que despedirnos... Adiós...

—Adiós —me dijo ella levantándose y arropándose en su piel—; pero no olvides que te he dicho lo que no he dicho a nadie... Sé por eso mi amigo, que te vuelva a ver... Decir a un hombre la confidencia que no se ha di-

cho a nadie es como si se le diese lo que no se ha dado nunca.

—Adiós —la dije en la puerta; y después me puse el gabán, yéndome hacia los senos que yo sabía dónde estaban guardados. Por lo menos éstos se reirían de mí creyéndome engañado e iluso.

LOS QUE QUERÍAN QUE YO LOS COGIESE

Aquellos senos se venían conmigo, extendían hacia mí sus manos como una niña de pecho que se escapase del seno de su madre.

Ellos querían, pero ella les contenía, les disuadía; estubo luchando con ellos hasta que se fue.

¿Era mala o era que en su corazón no había entrada para ciertas palabras?

La cosa es que los dos estuvimos viendo y notando la predilección, y, sin embargo, con gran dureza de madrastra ella les tuvo prohibido el que por fin se viniesen conmigo, el que saltasen entre mis brazos, el que recibiesen el alegre aupamiento que merecen las niñas que nos quieren.

LOS SENOS DE LA ESPOSA DEL INQUISIDOR

El hombre adusto e hipócrita, como los reptiles. Estrecho de caletre y de cuerpo, tiene los ojos pequeños y el rostro como empolvado con el polvo amarillento y venenoso para matar las chinches.

Entra en su casa después de juzgar con impiedad a algunos procesados, satisfecho de alejar del sol a algunos hombres en los que la voluntad de gozar de la vida es violenta y admirable. Su esposa, que sabe que ésa es la hora en que vuelve, es quien le abre. El inquisidor la abraza, gustoso de sentir sobre su pecho duro y cruel el seno blando, asustadizo, guardado como la quesera guarda el queso.

«¡Exquisito contraste! —piensa, relamiéndose, el malvado inquisidor—. Soy duro —continúa pensando—, porque quiero satisfacerme con los blandos senos de mi esposa... Sentencio a todo el que se excede en su deseo de placeres o en su deseo de tocar los mórbidos y perfectos senos de la libertad, para que me sea más dulce en la intimidad el placer de tocar a mi esposa...»

En efecto, los días de grandes suplicios, los días de numerosas ejecuciones, es cuando, sonriendo como un condenado, el sórdido inquisidor se abalanzaba sobre los senos de su esposa, ansioso como un glotón sobre la langosta servida en forma de timbal hecho sólo de cogollos de langosta, montadas y escogidas en el fondo de varios caparazones.

LOS SENOS DE LAS GUARDESAS DEL REY

En la entrada de los sitios reales y en medio del monte en casas blancas que refulgen al sol como los cortijos, son cuidados esos senos de las favoritas rusticanas.

Se nutren como verdaderas palomas torcaces: en vez de con algarrobas, con las flores, las jaras y la punta tierna de los pinos que es como el remate tierno de una vida.

Tienen olor a pulideces de piedra del río. El Rey los busca en la supuesta cacería que es cacería de senos y no de rebecos, como dicen los periódicos del reino sin nombre.

Se levanta temprano porque es caza de muy de mañana y bebe su alma el rumor de los arroyos. (Glu... glu... glu..., corre el arroyo en el fondo en sombra de nuestro corazón, en la espesura de nuestro tórax).

El Rey busca el puesto que tiene asignado, el puesto por donde aparecerá la guardesa joven, lavada como en los lavatorios de pies antes de que el Rey toque los pies pecadores. Van sus senos más duros que nunca, duros de emoción y de sobrecogimiento en el fondo del corsé amarillo.

El Rey aparece y coge por la cintura a la guardesa que juega con su delantal, y en seguida busca los frutos de la hembra en los que se reúne el pan tierno, el huevo descascarillado después de endurecido el pavo trufado y la

ternura de todas las yemas del bosque, diminutas en cada brote y únicamente allí espléndidas...

El Rey, que estaba acostumbrado al pan de Viena, busca la cáscara y el cuscurillo del pan candeal que está en el pezón. Nunca ha comido un pan mejor cocido y en el que de tan cumplida manera se reuniese todo el perfume del campo y de la mañana. Todo lo que se escapa en la Naturaleza y en el bosque, está en esos senos de la guardesa mantenida con todo el monte inútil del sitio real, ese vasto vedado que le cuesta tanto dinero al Rey y que apenas va a visitarlo.

EL COLECCIONISTA

—Una señora que pregunta por el señor —dijo la doncella al coleccionista en senos, como ofreciéndole en el tarjetero de su corpiño la tarjeta de la mujer que anunciaba.

—Que pase —dijo el coleccionista, meciéndose en el asiento de su mesa, para calcular la perspectiva que le convenía, como rectificando la medida para las distancias de unos gemelos de teatro.

La señora era una señora de cabos finos y de brazos muy delgados. Todo en ella era delicadeza; pero sus senos eran opulentos y parecieron saludar al coleccionista antes de que ella le alargase sus manos de uñas de jabón.

—¿Qué deseaba usted? —le preguntó.

—Pues hay que ser franca... Usted es un coleccionista de senos, ¿no?... Pues aquí le traigo los míos...

Sintió el coleccionista no tener los lentes del coleccionista para ponérselos en aquel instante; pero, como si eso los sustituyese, se echó más hacia atrás en su asiento.

—Muy reconocido, mi señora —dijo el coleccionista y adelantó sobre su mesa, levantándose y poniéndose de codos sobre ella...

La que ofrecía los senos desabrochó su traje como el ama de cría que va a mostrar la clase de su leche al doctor.

El coleccionista en senos, avezado a aquellas demostraciones, tocó como un joyero los senos que se le ofrecían y sonrió encantado.

—¡Hermosos senos para mi colección! Me atrae usted unos senos magníficos e inolvidables... Ya sabe usted... Los tendré que ver cuando se me antoje, cuando los recuerde... No podré meterlos en un álbum, pero sí la podré avisar cuando necesite esos dos bellos ejemplares de mi colección...

—¿No me engaña usted? —dijo ella con coquetería.

—No... son de los mejores de mi colección... Les voy a dar el número diez en un certificado que podrá usted enseñar en todos lados... Cuídelos, cuídelos mucho... Los mejores de mi colección han desaparecido y se han estropeado de la noche a la mañana.

—Los cuidaré sólo para ofrecérselos de nuevo... Ningún cariño ni siquiera delicadeza como la suya para con ellos... Estoy satisfechísima... Me enorgullecerá siempre su certificado.

Después se abrochó de nuevo con ese gesto de haber dado de mamar ya al niño, recogió su diploma y se fue. El coleccionista escribió en un libro: «Soledad R..., calle de las Palmas, 84. Senos opulentos a la vez que delicados... Senos sin caída, los primeros senos que he vis-

to, que siendo grandes, no tengan pliegues de sombra ni se anuncie en ellos el principio de la ruina y la hundición... Senos con la particularidad de que parece que avanzan por su resplandor como dos focos de automóvil... De tan puros y bellos como resultan, no se siente la necesidad de tocarlos».

LA SEÑAL

Primero no quiso soportarlo.

—¡Mentira! —dijo, sin poderse contener, iracundo y desatinado—. ¡Mentira!...

Después preguntó cuándo, después preguntó cómo, después dijo con tesón:

—Pues no lo creo.

Hubo una pausa larga, en que «ella» aparecía al final de los soportales del pensamiento...

—Dime lo que tiene en los senos —dijo, temiendo que *el otro* le diese la señal indudable...

—¿En los senos? —se preguntó *el otro*, queriendo recordar a la mujer que se olvida al fin aunque se haya convivido mucho con ella.

—¿En los senos? —repitió el otro al que en la nueva pausa se le veía asomarse a la mujer desnuda, a la reproducción mala, pero auténtica, de «la maja desnuda», y buscar en sus senos la señal que se le pedía.

—¡Ah!, sí —dijo por fin—; cinco lunares alrededor de cada rosilla...

El nuevo amante guardó silencio, con la cabeza baja,

aplastado por aquella señal indudable, que eran aquellas abejas alrededor de las dos florecillas delicadas y propias para hacer una guirnalda alrededor de la copa del sombrero de una niña.

—Eso es cierto. Pero usted es el de antes, el que ya no puede volver, el que fue olvidado por completo. Bastante desgracia es ésa, suficiente castigo, inextinguible pena.

LOS SENOS MUY ESCONDIDOS

Aquellos senos estaban tan escondidos, tan ocultos, tan cerrados dentro de sus abotonados corpiños, que el que los buscaba perdió la paciencia y los abandonó.

Le había costado mucho trabajo llegar a aquel momento; lo más difícil lo había pasado, pero se indignó tanto con la cerrazón, con los prendidos, con los atares, que despreció el hallazgo.

LOS SENOS DE LA SEÑORITA GENOVEVA

La señorita Genoveva dormía en una alcoba al final de la casa, junto a la cocina y a la escalera interior.

Como a nadie se le hubiera ocurrido sospechar de la señorita Genoveva, nadie pensó en que pudiera aprovechar aquella proximidad de la escalera interior.

Pero todas las noches entraba por aquella puerta un joven con los zapatos en el bolsillo y abría con mucho sigilo la puerta de la señorita Genoveva.

Ningún placer más puro y penetrante que el de entrar en casa de la soltera, en la casa decente. La tomaba como después de la boda en la alcoba oscura, porque no se podía encender la luz.

Todas las caricias eran silenciosas y oscuras. Tenía una proporción inaudita aquel desnudo honesto en la oscuridad llena de temores, de prohibiciones, de amenazas.

¡Pero quién iba a sospechar aquello en la alcoba en que hasta había una capillita llena de relicarios y adornaba con cintitas rosas que cuidaba la solterita!

Toda la oscuridad de la casa corría a asomarse al cuarto pecaminoso, aunque su puerta parecía la blanca puerta de la virginidad. Los padres, que dormían en la alcoba a la italiana que comunicaba con la sala que daba a la calle, roncaban sin inquietud. En el largo pasillo las sombras se aglomeraban impacientes y comentaban lo que allí dentro sucedía. Todas las sombras comadreaban excitadas, despiertas, sobre la gran apariencia de dormirse que tenía la casa.

Por las esquinas de los pasillos y las revueltas y por la puerta entreabierta del corredor, se asomaban los perfiles de la expectación, un ojo y parte de la nariz.

Se sentía en la sombra como una ondulación voluptuosa. El apretujamiento de los senos que el joven tocaba en la oscuridad, parecía que iba a despertar la luz como cuando se coge la pera de la luz eléctrica que oscila en la cabecera.

La señorita Genoveva, después de aquellas noches en que era acariciada por el arcángel de la oscuridad, to-

maba su aspecto discreto de muchacha cansada de esperar, de muchacha que acabara por vestir el hábito de la esperanza con su correa de fraile.

El novio, que con apariencias de novio languideciente conversaba con ella un rato durante el día, parecía otro que el de las noches, y el mismo fenómeno notaba él mirando a Genoveva: no le parecía la de las noches.

—Es que aprieta sus senos con las sogas de la discreción —se decía Antonio, que así se llamaba el atrevido merodeador.

Y Antonio hasta extrañaba la casa y el portal y la escalera durante el día, y no hubiera reconocido yendo por los pasillos, iluminados por la luz del día, la puerta de la alcoba misteriosa y su falleba de metal reluciente.

Antonio, en vez de desinteresarse, se interesó cada vez más por la clandestina Genoveva, y hasta se casó con ella.

—Viviremos con ustedes —habían dicho a los padres, y en vista de eso se había arreglado la misma alcoba de Genoveva con muebles nuevos, una cama más ancha, porque aquélla —como decía la madre— no hubiera servido, y a petición de él mucha luz, más de doscientas bujías en dos lámparas.

Así, el día señalado se encerraron en la alcoba de todas las noches. ¡Cómo conocían aquel silencio de la casa!

El estaba impaciente, sin embargo. Aun estando en ambiente tan conocido, le interesaba verla bajo la luz. Eso iba a ser lo nuevo, lo extraordinario, lo maravilloso. ¡Al fin la iba a tener bajo la luz, sin que le importase que se viese la gran iluminación por el montante!

Genoveva tenía más miedo que nunca. Había perdido el desparpajo de la oscuridad. En la oscuridad se había sentido más mujer, más suelta, más cuantiosa.

Se fue desnudando. El estaba perplejo. Veía una escena pobre, modesta, fría. Veía los forros tristes de la ropa que ella se iba quitando; y veía que en vez de esponjarse como se esponjaba en la sombra, menguaba, resultaba la mujer aterida.

Sólo esperaba ver los senos, como si los desconociese, como si no fuesen los que él había reconocido en la oscuridad, los opulentos senos de la sombra, en cascada, batidos, crecidos, aumentados como la espuma acrecentada por el batidor...

Por fin se desvelaron y aparecieron pequeños como las bombillas esféricas de cincuenta bujías que los iluminaban, y Antonio se quedó asombrado, desengañado, sorprendido. La sombra le había engañado atrocemente. ¡Su esposa no tenía senos!

¡Si no hubiera encendido nunca la luz! ¡Si hubiese buscado siempre en la sombra la blanca morbidez imaginada!

LOS SENOS DE LA NADADORA

Había un premio fuerte y una medalla de oro para el que pasase aquel trecho a nado.

Se lanzaron los hombres y las mujeres en una especie de competencia desigual, pues los hombres eran como lenguados enjutos y ellas redondeadas, llenas de huevas y con senos, debían ser más pesadas.

Pero pronto se vio que una mujer era la que llevaba la delantera. Su cabeza de loca, de mujer que se ha lava-

do la cabeza, sobresalía sobre las aguas unos ratos más que otros.

Con un rostro de desesperada mojada en lágrimas, apareció en el sitio de la meta, la mujer que llevó todo el tiempo el primer puesto. Salía del agua cada vez más redondeada, brillante gelatinosamente toda ella. ¡Caramba con los senos de mujer fuerte que lucía! Quizás habían sido la proa que había roto mejor las aguas y por lo tanto los que la habían ayudado a vencer.

Todos miraban sus senos como algo apetitoso, refrescado y duchado por el mar. Todos hubieran dado lo que se les hubiera pedido con tal de dar dos palmaditas en las carnes que las pedían.

El presidente del jurado, con la medalla en la mano, se acercó a la triunfadora, y puso en su seno la medalla del premio, y sin poderse contener su mano imitó el molde del seno e hizo sobre él el gesto redondo.

La nadadora, dura y envaronilizada por el triunfo, dio una tremenda bofetada al presidente del jurado, cuyo sombrero de copa se fue al agua, bogando en ella como una boya.

SENOS DEL HASTÍO

Están llenos de hastío esos senos, y cuando unos senos se llenan de hastío ya hay que dejarlos, porque ya no sirven. No hay nada que los reponga.

Caerán como dos grandes lágrimas suspensas del seno de la hastiadora.

LOS SENOS DE LAS ANDALUZAS

Los senos de las andaluzas huelen a flor de azahar, son grandes flores de azahar, ampulosas a veces. Porque los senos de las andaluzas no suelen ser muy grandes.

La andaluza es breve, enjuta de tanto hacer gracias desde niña, el espíritu de la golosina de tanto tomar golosinas, desde la de los piropos, hasta la de la misma tierra de la que la pertenece el mimo que recibe de todos lados. Como se creen que en todo el mundo están diciendo siempre: «¡Qué bella es Andalucía! ¡Oh, Andalucía!», están consumidas de ir tan en lenguas alabosas.

La andaluza ágil, representativa, la que se lleva todo el éxito de la fiesta, con la que hablan todos, es larga ceñida por sus costillas como por un corsé apretado, con el color negrilla y las facciones dibujadas por los nervios, despavorida de tanto reír desde niña, de tanto ser la niña maravillosa.

En esa andaluza enjuta como el tallo del clavel y en el moño el clavel, los senos son puras disquisiciones, una florecita para la boca.

—¡Las naranjas son el fruto! —que dicen ellas. Ellas llevan encima la flor de azahar, nada más.

Sólo ya en la madurez sus senos se esponjan, se ponen maduros, sorprenden como una segunda juventud completamente distinta de la primera. ¡Quién iba a pensar que de aquella anguila!...

—Así no se han cansado ellos —dicen entonces ellas.

LOS SENOS DEL ARTE

Los senos del arte apenas existen. Se materializan en la pintura y pierden su verdad, apareciendo como una cosa ficticia.

Alguna virgen tiene un seno muy mono que es como una poma de esencia o como la pomita diáfana de uno de esos búcaros de cristal que sostiene una azucena, búcaro que por lo sutil que es, parece más bien una de esas sutiles ampollas de laboratorio que son de cristal tan delgado que cuando se rompen se deshacen como polvo de talco, en vez de romperse como el cristal.

Los senos de las mujeres de Botticelli son senos que parecen que les darán deseos de sí mismas a ellas mismas.

Los senos que pinta Cranach son senos de mujeres góticas, idiotas e incitantes.

Los senos vestidos del Arte son muchas veces senos más encantadores que los senos desnudos. Así, los senos de Leonardo en su blusa de descote redondo.

Los que pinta Bronzino son senos vestidos de cortinaje.

Los senos más verdaderos del Arte son los de Tintoretto cuando pintaba a su querida y la sacaba un seno o la metía una hojita verde de morera entre el seno y el corpiño para darle mayor frescura y relieve.

Tintoretto no quería perder el tiempo contemplando a su querida completamente vestida en aquellas poses para sus repetidos retratos, y para no perder el encanto de la vista la sacaba un seno, un seno opulento, de mujer

con el desnudo lleno de rusticidad y de exuberancia y lo ponía al fresco, habiéndolo dejado así al fresco para toda la eternidad.

—Ved un adelanto de mi querida, con su tipo de mujer que se ve, que sólo tiene una misión que cumplir, la de entregarse —parece que dice.

El seno más natural del Arte es ese de la querida de Tintoretto, que en las salas del Museo del Prado enseña su seno ambarino, aculotado por el olor de los barnices y la insistencia de los pinceles que barnizan.

Bajo el sol de Madrid a través de los años, este seno ha madurado, se ha embellecido, ha ido guardándose ese optimismo de las mañanas, independiente a todo en el mundo, pues a él lo mismo le da que se muera el Rey que, que se muera el crítico de Arte. El Museo se abre todas las mañanas con el mismo optimismo del arte. ¡Qué optimismo me ha dado eso los días en que creí que me moría!... «¡Pero el Museo abrirá hoy las fuertes persianas de hierro a la luz serena y desprendida de los museos!», me decía yo aquellos días y me quedaba en paz, dispuesto a morirme con resignación.

De toda esa tibia y azucarada luz de las mañanas, está lleno el seno de la querida de Tintoretto, seno como en el frutero del aparador de la casa en que siempre hay fruta fresca.

¡Magnífico el de la Virgen del Veronés!

Los senos de Rubens son senos más falsos, sin esa pres-tancia de los senos enjutos, aunque sean opulentos. Son senos de alemana blanduzca y senos de mujer demasiado blanca y deshuesada y descartaligada. Sólo está bien el gesto, de mujeres que llevan senos, que tienen esas mujeres de Rubens y mejor que ningún otro, el de aquella

que, cruzada de brazos, los sostiene sobre «la sillita de la reina» que forman sus dos brazos cruzados.

Los senos de Tiziano son senos como piñas naturales, con ese ámbar de la piña descortezada, sin su máscara de salvaje en traje de ceremonia.

Los senos de Goya son senos discretos y elegantes. Toda mujer elegante puede presumir de senos a lo Goya, em-pinaditos, con un gran valle en medio. Los senos que si-gue vistiendo Worth y Paquin.

Los senos de Velázquez son duros y toscos.

Los de Watteau, como peritas sanjuaneras.

Los del Greco como lengüetas, como triángulos caí-dos, como senos acuchillados.

Los de Teniers como calabazas sonrosadas, etcétera, etcétera, porque no es cosa de recorrer las salas de los Museos y que se vea en mí un frío clasificador.

Los senos del arte no pueden con su estulticia. No son capaces. El seno es mórbido de verdad —por eso no le sirve la pintura— y tiene que ser blando de verdad —por eso no le sirve la escultura— y tiene que ser vivo —por eso no le servirá ningún arte imitativo, aunque encuentre la poma o la esponja más delicada para imitarle.

A lo más, vuelvo a repetirlo, los senos de Tintoretto con sus pezones como nadie los ha pintado, conseguida la transparencia de cristal sobre la carne que deben tener. Está hasta bien ese gesto de la mano rústica que recoge de un modo forzado y natural las telas, para enseñar la teta.

¡Oh, también esos viejos de Tintoretto que agarran por los senos a la que encuentran bañándose!